

*La majestad de la memoria es aire
después, o antes... (II, 83).*

Desde la perspectiva acremente iluminadora de los años, la realidad se resuelve en una general, pero oscura, identificación ontológica. Parecería que todo es uno y lo mismo (ya llegaremos a comprobar que la conclusión última es, por el contrario, obstinadamente incompatible con cualquier sugestión de unidad), pero, aun así, no se trata de aquel exultante temple que tal vislumbre intuitiva alcanzaba en la más luminosa poesía primera del autor, sino que avanza hacia nosotros como marca por el lenguaje de esa insustancialidad que lo real, incognoscible o «insignificante» opone a las demandas de la razón. La muy personal o identificativa de Aleixandre gana aquí, por la magnitud sombría de la experiencia que asimila y confunde, su más nihilista significación existencial y metafísica.

Y a veces ni siquiera necesitará de esa conjunción identificativa, aquí ya abiertamente desrealizadora, y el efecto es el mismo: afantasmarse totalmente la visión que parecía llamada a cobrar entidad verbal. Notemos, en el pasaje final del poema «El pasado: Villa Pura», antes mencionado, la violenta agresión de la más elemental lógica con que las palabras van subvirtiéndose y perforando el fragmento de realidad que se supone descrito:

*Las hojas han caído, o de la tierra al árbol
subieron hoy
y aun fingen
pasión, estar, subir. Y cruzo
y no dan sombra
pues que son (II, 42).*

Las hojas son, y al mismo tiempo *no dan sombra*, cuando el hecho de proyectar esa sombra sería objetivamente una de las ratificaciones de su ser o existencia. Y son iguales, para el contemplador, las hojas caídas y las que al árbol se lanzaron (las que allí nacieron), y aun el estar de éstas es sólo una apasionada ficción. De nuevo la realidad queda, más que desdibujada, abolida: el ojo de la razón no la alcanza en su sinrazón.

Un inventario y una catalogación más detenidos de esas variadísimas formas de desrealización anuladora que se dan en *Poemas de la consumación*, es lo que intenté en un ensayo anterior mío (8). Pero he necesitado ahora de los pocos ejemplos anteriores para que

(8) Es el titulado «La poesía actual de Vicente Aleixandre: sobre *Poemas de la consumación*», incluido en el libro *Diez años de poesía española, 1960-1970* (Madrid: Insula, 1972), páginas 305-327.

no advenga de modo arbitrario esta provisional conclusión, que espero después verificar algo más. O sea que la enseñanza última de ese libro pudiera resumirse así: el conocimiento inmediato es imposible, ya que la realidad aparente es insensata, o sólo entrega un equívoco sentido al escrutinio racional del hombre. Porque cualquier formulación conceptual de lo aprehendido, y basta con que nos situemos desde otra perspectiva, puede quedar al punto desmentida por otra opuesta, y que asoma con iguales visos de veracidad. Alexandre, en suma, toma en *Poemas de la consumación* una actitud que filosóficamente se alinearía, en cuanto al problema del conocimiento, en la posición del escepticismo.

Mas las piezas de ese libro con su resonancia nihilista (y ya se hizo notar que *Poemas de la consumación* es tal vez el más lírico entre todos los de Alexandre) fueron concebidas desde una sola conciencia: la suya y personal del autor. Hasta donde esto fuere posible, diríase que allí «el poeta no cantó por todos». Por ello pudo en un momento, el cual en rigor fue simultáneo al de la composición de aquellos poemas, intuir que, desde una tesitura más objetiva, las cadenas paralelas y contrarias de verdades que en aquel volumen chocaban y se deshacían entre sí, podrían tener, ambas, igual autonomía y validez. Presintió para corporizar poemáticamente tal intuición, la necesidad de desdoblar la sola voz que había modulado aquellas oposiciones mutuamente negadoras; es decir, comprendió la necesidad de crear dos voces, dos personajes, y que cada uno de estos incorporase, respectiva y *relativamente*, uno y otro de los hostiles planteamientos que batallaban en *Poemas de la consumación*. Vio la magna apertura de su tema, se irguió sobre el pesimismo, escuchó la llamada afirmativa de la vida a la que había sido siempre tan sensible y la cual le reclama ahora también sus derechos. Y levantó sobre el papel esas voces y esos personajes: *Diálogos del conocimiento* nació de tal apertura y *relativización*.

No ensayó, sin embargo, un verdadero diálogo. Más bien trenzó monólogos (así los considera), y armó catorce extensos poemas que son en verdad pseudo-diálogos. Véanse aquí, y sólo para destacar sus oposiciones inherentes, algunos motivos temáticos de esas supuestas conversaciones. Entre una maja egoístamente realizada en sí misma y una vieja que sólo entiende la vida cuando es generosamente compartida por el amor («La maja y la vieja», siguiendo un asunto de Goya). Entre dos poetas jóvenes, pero de talante frontalmente distinto, que muy pronto habremos de escuchar: «Dos vidas». Entre el íntimo Marcel y el mundano Swann, en un desdoblamiento de Proust: «Aquel camino de Swann». Entre un joven bailarín, lleno de sensual

apetencia por la vida y un demoníaco e irónico director de escena: «Quien baila se consume». Entre un *él*, dominado por una creciente invasión de duda y ensimismamiento, y una *ella* que le contradice mediante una crédula y armónica sincronía con la realidad: «Los amantes viejos». Esos personajes no se escuchan entre sí, o parecen no escucharse. La dialéctica de sus posiciones no llega a adquirir un dinamismo lineal o temporal, sino un adensamiento en el sentido de la profundidad. Es decir: las sucesivas y alternadas intervenciones de estos sordos dialogantes, sus palabras, actúan a modo de manchas sonoras y yuxtapuestas, lanzadas al espacio blanco de la página. Y estas manchas vienen a fundirse, como sobre la retina de un espectador visual, en la sensibilidad de quien lee ese tiempo transfundido a espacio que es el poema. Con ello, el logro final se consigue mediante una suerte de «impresionismo» acústico-intelectual de gran eficacia y originalidad. La poesía, proceso en sí temporal, parece moverse aquí en virtud de antítesis de signo bidimensional, como en la pintura, a las cuales se suma una tercera dimensión inteléctica que dará la sensación de relieve o perspectiva: ese otro proceso no menos creador que es el acto de leer—revelando así una distinta y muy moderna toma de posición frente a la escritura.

Ello en cuanto a la técnica. Pero ésta no ha nacido de un acto gratuito—nada funciona así en la obra de Aleixandre—, sino que se ve motivada desde el centro mismo de su visión poética. Aquí, en los *Diálogos del conocimiento*, aquel asoció estrechamente el problema del conocer con el de la actitud ante la vida; observó las posibles reacciones, a su vez duales, ante uno y otra, y les dio a ambas igual crédito. De haber concedido a los dos participantes la oportunidad de una intercomunicación rigurosa y progresivamente dialéctica (del tipo de la ensayada por Luis Cernuda en su extraordinario poema «Noche del hombre y su demonio») era esperable que, oyéndose y por ello rectificándose mutuamente esos personajes, se llegase, si no a algún acuerdo definitivo, por lo menos a una continua interferencia y a un cierto asentimiento aproximado; y ello sería contrario a la relatividad que aquí se intenta sugerir (aunque sobre esto habremos de volver, para ratificar matizadamente en algo lo mismo que acabamos de sospechar). De todos modos, aquel sustentante confrontamiento de *Poemas de la consumación* se ha abierto ahora en todas sus implicaciones: tensión entre vida mental y vida factual, entre las ideas y los hechos, entre pensamiento y realidad aparental; o, llevando todo ello a sus últimas consecuencias, entre solipsismo y sensorialidad. En el poema «Dos vidas», único de estos diálogos cuya ilustración fragmentaria me permitiré, se pone en labios de un «jo-

ven poeta primero», idealista y escéptico hasta el más turbador solipsismo, las siguientes palabras:

*De espaldas a la mar, ciegos los ojos,
tapiado ya el oído, a solas pienso.
Sé lo que sé, e ignoro si he sabido.
El monte, la verdad, la carne, el odio,
como el agua en un vaso, acepta el brillo,
y allí se descompone. ¡Bebe el agua!
Y duerme. Duerme, y el despertar tu sueño sea (II, 189).*

Y sin haberle escuchado, un «joven poeta segundo», embriagado de confianza en el mundo físico de los sentidos, la posibilidad humana de la comunicación y la esperanza de algún conocimiento, replica de este modo:

*El día amanece. ¡Cuánto anduve, y creo!
Creer, vivir. El sol cruje hoy visible.
Ah, mis sentidos. Corresponden ciertos
con tu verdad, mundo besado y vívido.
Sobre esta porción vivo. Aquí tentable,
esta porción del mundo me aposenta.
Y yo la toco. Y su certeza avanza.
En mi limitación me siento libre (II, 189-190).*

La inquietud que en *Poemas de la consumación* yacía en torno a la posición del hombre frente a la realidad y el conocimiento (aquella interrogante que había quedado enunciada así: ¿Basta la criatura meramente pensada?) va haciéndose en estos *Diálogos* cada vez más explícita y punzadora. ¿Dónde está la verdad? ¿Cuál es el camino hacia ella? ¿En la disposición del espíritu por la cual éste, replegándose en sí mismo como el «joven poeta primero», sólo acepta como rasgos de esa verdad lo que en tal ensimismamiento concibe? ¿O bien abriéndose gozosamente hacia lo real, como el otro poeta, y facilitando el encuentro fecundo de nuestros sentidos con las cosas? A pesar de su no menos tenaz pesimismo, Alexandre ha sido también un cantor siempre fervoroso de la vida natural en toda su pujanza y brillantez, y parecería ahora inclinado a no soslayar esta segunda posibilidad; pero su misma experiencia, su sabiduría, le hace respetar la otra vía o dirección y darle también carta legítima de naturaleza. No brinda soluciones: sabe que no puede. Lo único que le es dable será dejarnos plantadas en el texto las arduas cuestiones para que éstas, en una ulterior ocasión, entablen tal vez su efectivo diálogo